

Susanna Tamaro

Una gran historia de amor





Seix Barral Biblioteca Formentor

Susanna Tamaro

Una gran historia de amor

Traducción del italiano por
Julia Osuna Aguilar

1

TANTO TIEMPO

Ha estado dos días sin parar de llover. Con unas nubes bajas, abultadas y oscuras que descendieron como un manto para cubrir el horizonte que se abre al otro lado del mar. La casa húmeda y el corazón cansado, las horas muertas en el sofá delante de la chimenea, hojeando libros que no me decían nada.

A última hora de la tarde, busqué el paraguas, el nuestro de siempre, el de las varillas rotas, y fui a encerrar a las gallinas. No me costó mucho, ya estaban las cuatro metidas en el gallinero, descansando en su percha.

Hasta que no estaba volviendo a casa no me fijé en que, al oeste, en la misma dirección por donde los días despejados divisábamos el bonito contorno celeste de Córcega, estaba abriéndose el

gran muro gris: se habían separado dos cúmulos y, en el espacio entre ambos, al principio con timidez y luego con algo más de arrojo, habían hecho acto de presencia los rayos del sol, que, lenta pero obstinadamente, habían ido robando para la luz franjas de cielo cada vez más amplias. En lo que tardé en recoger las últimas cosas y en cerrar los postigos, las nubes se alzaron como un pesado telón de teatro, dejando entrever tras de sí esa tinta delicadamente rosada que, al anochecer, anuncia el regreso del buen tiempo. En contra de esa esperanza, las ramas y ramitas todavía negras y peladas de los arbustos parecían frases de ese idioma para mí misterioso que a ti tanto te gustaba descifrar.

Entré en la cocina, que estaba fría, lo normal después de tanto tiempo sin que chisporroteara nada en sus hornallas. Me preparé un té y rellené un sándwich con lo poco que había en la heladera. Regresé al sofá con una bandeja pequeña; en el hogar, el tronco grande ya casi se había consumido, de modo que eché otro, reavivé un poco las llamas con el fuelle y luego me dejé caer sobre los cojines. Encendí la tele y me comí distraídamente el sándwich mientras un desfile de políticos vertía sus discursos irrelevantes en el silencio de la habitación.

Me quedé dormido abrigado solo con una mantita de sofá.

En la enrevesada confusión de los sueños, hubo un momento en que se me aparecieron las

colmenas de tus amores. No entraba ni salía abeja alguna, daba la impresión de que no había ya vida dentro. ¿Cuántos meses llevaban dejadas de la mano de Dios? Muchos, quizá demasiados. Durante uno de los numerosos despertares breves que tuve, experimenté un ligero remordimiento. Debería cuidarlas, me dije, o por lo menos intentarlo. Si hace bueno tiempo, mañana podría ser el día, pensé, venga... Luego el sueño intermitente de los desdichados me dio gato por liebre y me entregó a la oscuridad de la noche.

Al día siguiente lucía el sol. La lluvia les había hecho mucho bien a las plantas y al césped, y aunque el gris melancólico del invierno seguía allí, se intuían ya la primavera y sus ansias de renovación: un tallo algo más verde por aquí, el discreto engordar de las yemas en las ramas, donde, en breve, aparecerían las hojas. Esperé a la hora del almuerzo, como te había visto hacer tantas veces, y me aseguré de que no soplara ni una gota de aire. Entretanto, no dejaba de pensar con cierto resquemor en esas cajas extrañas y en su contenido amenazante.

Los últimos años me hablabas de ellas de una manera casi obsesiva. Si teníamos huéspedes, al rato te interrumpía discretamente por temor a que se aburrieran con tus entusiastas descripciones del mundo de los himenópteros. Cuando estábamos

los dos solos, me preguntabas a cada tanto: «¿Me estás escuchando?». Y si yo asentía con la mirada perdida, tú me reprendías como una profesora implacable: «¡Pues entonces repíteme lo que te he dicho!». Llegados a ese punto, yo intentaba engañarte, pero era tal mi descaro que acababas estallando en risas.

Ahora me arrepiento.

¿Por qué no te escuché?

Quizá porque, en la distracción en la que suelo moverme, entre todos los pensamientos posibles nunca se me apareció este: que un día te perdería y que yo me quedaría aquí, en nuestra casa, haciendo de paladín de tus abejas.

Me afloraban fragmentos en la memoria, pero eran confusos; jamás sería capaz de encajar unos con otros y obtener algo con sentido. Tan solo tenía una imagen clara: la tuya acercándote a esas cajas sin parar de cantar por lo bajo con voz tranquila y, antes de levantar la tapa con una palanca larga, llamando con suavidad a la pared de madera, como si fuera la puerta de la habitación de los niños. «¿Se puede?», preguntabas, y solo entonces, con mucha calma, destapabas la colmena.

—¿Por qué lo haces? —te pregunté un día.

—Porque es de buena educación —me respondiste.

—¿Cómo que de buena educación?

—Si vivieras a oscuras, ¿no te gustaría que te avisaran de que está a punto de irrumpir la luz?

¿De cuántas maneras distintas sopla el viento?

¿Y cuánto silencio puede haber en una casa donde los únicos pasos que resuenan son los propios? Cuando estás navegando y el viento azota la embarcación, te envuelve de continuo con su ulular, que solo varía en intensidad, y, aparte de tu voz, únicamente oyes el tintineo de todo lo que se mueve. Si en cambio es un viento fuerte el que se abate sobre la casa, son las habitaciones las que hablan: el golpeteo de un postigo, el crujido de los marcos, ruidos de una vida que surgen de donde menos te lo esperas y te bailan alrededor con la lealtad obsesiva de la memoria. ¿Qué es ese zumbido? ¿Será posible que se trate de la heladera? Y esa especie de lamento siniestro, ¿será de los goznes de esa puerta del desván que llevas tanto tiempo sin engrasar? ¿O el canto monótono de un pájaro nocturno? ¿Quizá el rechinar de los tablones del cuarto de al lado? Abres la puerta con mala cara y gritas: «¿Quién es?». Pero una vez más el único que te responde es el viento.

¿Los muertos habitan las casas?

¿O es solo nuestro miedo a habitarlas?

2

NO HABRÁ MÁS

A esta casa le faltaba poco para convertirse en una ruina cuando la vimos por primera vez. Acababan de aparecer los primeros teléfonos móviles y esa novedad nos llenaba de alegres esperanzas para el futuro. De hecho, fue con nuestro móvil como llamamos al número de la inmobiliaria que vimos sobre la puerta en un cartel ya desvaído.

Todavía sin acercarnos del todo, tú ya, con la certeza del zahorí, dijiste:

—Sí, es justo esta, no hay duda.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Quién te dice que no vayamos a encontrar otra que nos enamore la semana que viene?

Negaste con la cabeza.

—No habrá más. Ni demasiado pequeña ni demasiado grande, con terreno suficiente, prote-

gida de los vientos del norte y abierta por delante, dispuesta a recibir el sol siempre que salga. Hay árboles sabios al lado de arbustos que alegran el ánimo.

Ver lo que nadie más veía era una de tus habilidades más singulares. Me regocijé ante la idea de ir a la agencia y decirles: «Queremos comprarla porque tiene árboles sabios». Aun así, con el empuje de mi sentido común, me atreví a objetar:

—Yo creo que nos dará demasiado trabajo.

Pero tú ya estabas pensando en la distribución de las habitaciones. Allí tu estudio, al lado del dormitorio, luego la cocina, el baño. Y la esquina del jardín donde pondríamos el columpio para los nietos que seguramente llegarían algún día.

—No te preocupes —dijiste restregándote las manos como si estuvieran ya cubiertas por el polvo de la obra—, yo lo supervisaré todo.

—No se ve el mar —apunté, ya casi seguro de la derrota.

Te quedaste parada entonces, callada por un momento mientras nos pasaba por encima una bandada de gaviotas; levantaste el dedo en el aire como si quisieras tantear la dirección del viento o reprender a un niño.

—No se ve..., ¡pero se oye!

Crujieron guijarros bajo mis zapatos y las gaviotas desaparecieron de nuestro campo de visión. Levanté la cabeza: por la izquierda, a lo lejos, me llegó el rumor de una motosierra. Sin embargo,

cuando esta se detuvo, escuché por el lado opuesto, débil pero inconfundible, el ruido de las olas al estrellarse contra las rocas.

Una vez más, tú tenías razón.

Costaba horrores resistirse a tu energía, de modo que así fue como aquella ruina abandonada en el centro de una isla se convirtió en nuestro refugio.

La reforma fue larga y laboriosa porque todavía no vivíamos allí. Según el trabajo que tuviéramos cada uno, nos turnábamos para ir a la isla y supervisar la obra durante unos días. Cuando, dos años después, una fría mañana de marzo logramos mudarnos, el jardín seguía siendo una selva.

Lo primero que se te ocurrió fue colgar tanto encima de la puerta como por las esquinas de la casa unas campanitas que habías comprado en uno de tus viajes por el Lejano Oriente. El viento, apenas una brisa, las acariciaba con delicadeza.

—Es un pequeño coro de ángeles —dijiste—, un coro de bienvenida.

Después abriste la puerta y allí, en el vestíbulo saturado todavía por el olor a revoque, nos abrazamos. Había mucho abrigo, mucho jersey y, bajo todo ese espesor, estabas tú. La fragilidad de un pajarillo protegido por el nido. No sé qué pensaste de mí en ese instante. Yo, el grande, el fuerte, el que, incluso en la borrasca, sabía siempre mante-

ner recta la caña del timón. Recuerdo, sin embargo, que me apoyaste la cabeza en el pecho; yo llevaba un viejo rebecón de lana azul.

—¿Cuántos años van? —preguntaste.

—Muchos —te respondí acariciándote el pelo.

La brisa había amainado y nos hallábamos inmersos en un silencio profundo. Abrazados como estábamos, sentí el latir de tu corazón. Quizá tú también sentiste el mío. La campanita de la puerta principal tintineó mínimamente.

—¿Muy complicados? —preguntaste.

—Mucho —asentí, y permanecemos todavía un rato más así abrazados.

Para los insomnes, las noches en las casas vacías son una de las cosas más difíciles de soportar. Levantarse, ir a la cocina a comer algo y saber que es inútil aguzar el oído porque ya no hay nadie en la habitación, no hay suspiros, trozos de palabras que escapan a la locura de los sueños; comer y volver a la cama, quedarse allí aovillado con el terror de salir del nicho propio de calor. Al menos, cuando vives en una ciudad, siempre puede haber alguna distracción: la cisterna del piso de arriba, la televisión demasiado alta de otro insomne, el tráfico de la calle, una ambulancia, un camión de bomberos, dos borrachos que a las tantas de la madrugada protagonizan un altercado justo debajo de tus ventanas. Pero en una casa suspendida entre el mar y

el cielo, ¿qué distracción puede haber?, ¿qué podría salvarte ya? Está tu cuerpo, está tu mente, están los fantasmas que la habitan y las cosas que te rodean.

La que era una casa llena de vida se ha transformado ahora en un galeón fantasma. Nadie hay ya que la gobierne porque nadie es capaz de hacerlo. En un fragmento de sueño, me veo con el sextante en la mano, le doy vueltas y más vueltas, lo miro y me doy cuenta de que ya no sé cómo usarlo. Está obsoleto, me susurra una de esas voces misteriosas que hablan en los sueños. Ya han inventado las computadoras de a bordo, ¿qué pretendes hacer con ese cacharro de metal? Es cierto, me digo, en realidad no es más que un recuerdo querido; lo digo, pero sigue creciendo en mí la angustia.

Tal vez esta desubicación mía sea un síntoma de la edad; la demencia que acecha, perder la conciencia de las cosas. Ya no sé trazar el rumbo, ni hacia dónde virar el timón, el único horizonte que me queda es adonde quieran llevarme las corrientes. Con las velas rasgadas y la madera y los metales deslustrados por el descuido, el galeón fantasma va a la deriva esperando el arrecife que pondrá fin a sus días. Pienso entonces: ya no sé ni orientarme con las estrellas, y acto seguido me hundo en el triste sueño que provocan las pastillas.

A las seis ya estoy despierto y tengo por delante un día totalmente vacío. El ulular del mistral envuelve la casa. Intento encender la chimenea, pero resulta una empresa imposible; a cada ráfaga, el humo invade la habitación con volutas densas y prepotentes. Tengo que abrir las ventanas de par en par para no asfixiarme, pero entonces el viento irrumpe en la estancia haciendo tintinear los cuadros y desperdigando por doquier el papel de carta.

Me traslado a la cocina y me resigno a la modernidad de la estufa de *pellets*. La cargué anoche y es un mando el que da las órdenes. Se pone en marcha con un temporizador y los pequeños cilindros apretados entran en combustión. La mesa de la cocina está llena de migas mientras en el fregadero se apilan los platos sucios, a la espera de que alguien los meta en el lavavajillas. La leche de la heladera está cortada, así que recurro a algo caliente.

Las huellas de tus pasiones siguen por doquier: paquetes de té, de los que habrá por lo menos diez. Agarro al azar uno que es muy oscuro y tiene un sabor ahumado.

Tenías la costumbre de dejar lista por la noche la mesa para el desayuno del día siguiente.

—¿Y eso para qué? —te pregunté poco después de mudarnos a la isla—. Total, si apenas desayunamos un café y un té...

—Porque es un ejercicio de esperanza.

—¿Qué tiene que ver la esperanza con las galletas y la mermelada?

—Tiene que ver con el día y la noche. Ante la oscuridad estamos desamparados, carecemos de certezas, lo único que podemos hacer es esperar a arribar de nuevo a la luz del día. Prepararse para la mañana siguiente significa invitarla a volver.

Aquella observación tuya me impactó. Nunca había pensado en la noche como en un momento de extravío. Sabía utilizar un sextante, sabía leer las estrellas como si fueran un abecedario; era cierto que a veces había nubes, pero también estaba el viento, que tarde o temprano las disipaba y las hacía desaparecer. Nunca había pensado en la oscuridad como en una entidad capaz de devorarnos.

Hasta esta mañana, hasta que ha pasado esta noche y me he encontrado ante esta mesa llena de migas y este fregadero lleno de cacharros, no he comprendido que tenías razón. Mantener viva la esperanza o rendirse, seguir navegando en busca de un faro, o bien lanzar los remos a la barca y esperar a chocar contra las rocas.

¿He sido un frívolo?

¿He sido un necio?

El mistral ha sacado una contraventana de su enganche y está batiéndola a un ritmo irregular. Toc..., toc, toc, toc. Si se trata de una respuesta a mis preguntas, no seré yo quien la comprenda. Entretanto, en la estufa, los *pellets* han pasado de marrón a rojo. Una infinidad de brasas minúsculas

y homogéneas; un fuego domado, ordenado, carente de estallidos iracundos o de la fiera humareda de un tronco que todavía no se ha secado del todo.

¿Habría sido así el fuego en que habría acabado transformado nuestro amor en la vejez?

¿Y cómo era el fuego que ardió en nuestra juventud?

He salido a dar un paseo por la isla a pesar del mistral. No tiene nada que ver caminar con viento que sin viento: cuando caminas en la quietud, tus pensamientos son tuyos, te preceden como un sembrado bien ordenado, tú mismo diriges tus pasos y sabes hacia dónde vas; en cambio, si andas bajo el azote del viento, todo silba en tu cabeza, todo se remueve y se confunde; debes mantener el equilibrio y doblar un poco las piernas por un instante antes de que llegue la embestida. Es una lucha constante con lo que hay fuera de ti, y eso hace que emerja lo que, en la quietud, quedaría oculto.

Me he sentado un rato antes de llegar al promontorio. Las olas estaban altas y el fragor se elevaba con violencia. Para alguien que como yo se ha pasado la vida en el mar, resulta extraño encontrarse en plena borrasca y no tener nada que hacer. De haber estado embarcado, con un tiempo así no habría tenido más que preocupaciones, pero en

cambio pude quedarme sentado tranquilamente y observar las olas.

De pronto, del recuerdo, ha aparecido otro silbido, el de la bora que rodeaba la casa de mi infancia cada vez que soplaba.

Fue precisamente en un día de bora cuando me adentré por primera vez en la biblioteca de mis padres. Una estancia no muy grande, forrada de volúmenes hasta el techo. Los libros de mi padre, de mi abuelo, de mi bisabuelo: la memoria en papel de nuestra familia, toda allí recogida. Había una ventana grande que daba al jardín, pero las contraventanas estaban siempre cerradas. Un escritorio, un mapamundi polvoriento, una papelera donde nunca nadie tiraba folios; no había estufas ni calefacción alguna. Las paredes exudaban el hielo húmedo del invierno y los libros estaban dispuestos a absorber esa frialdad. Era uno de los lugares más inhóspitos de aquel caserón en lo alto de una colina, pero, aun así, desde que tenía ocho años en adelante, se convirtió en uno de mis refugios favoritos. Me llevaba una manta y una linterna, y podía pasarme allí tardes enteras, como un ratoncillo curioso.

En mi primera visita, mientras el viento que se colaba por los marcos hacía volar las cortinas como si fueran fantasmas, de uno de los estantes más bajos extraje un tomo en cuya cubierta se leía

«El millón». Como algunos domingos mi padre me compraba el *Corriere dei Piccoli*, pensé que en esas páginas encontraría más historietas del *signor* Bonaventura, el famoso poseedor de ¡un billete de un millón! Qué chasco me llevé al ver que no había ni un dibujo; no conocía a los personajes de los que se hablaba en aquellas páginas salvo a los Reyes Magos. Así y todo, coloqué el libro en el suelo, me envolví en la manta y empecé a leerlo.

También en tu vida, por razones distintas, *El millón* fue un libro importante.

¿Hablamos alguna vez de los Reyes Magos?
No logro recordarlo.

He vuelto a casa a la hora de comer. El mistral ha amainado antes de que oscureciera y por fin me ha dejado encender el fuego en el salón. La leña es del pino rodeno que los dos vimos caer como si fuera paja durante un vendaval; yo mismo lo corté con la motosierra mientras tú te dedicabas a partir las ramitas y a recoger las piñas.

Ahora arde con llamas gallardas mientras el aroma de la resina se extiende por la habitación. Entre las llamas reaparecen los Reyes Magos, primero los cascos del camello de Melchor y luego los otros dos, Gaspar y Baltasar; a pesar de la suntuosa vestimenta, parecen tristes.

Fue precisamente la lectura de *El millón* la que me reveló el porqué de esa melancolía.

Según contaba el libro de Marco Polo, nada más llegar a Belén, dejaron sus presentes a los pies del niño: oro, para saber si era el Señor en la Tierra; incienso, para saber si era Dios; mirra, para saber si era eterno. ¿Y qué les dio a cambio el niño Jesús?

Una humilde cajita de madera.

Cuando reanudaron el viaje, la llevaron con ellos como un bien muypreciado. A mitad de camino, sin embargo, no pudieron resistir la curiosidad y la abrieron.

¡Qué desilusión!

Lo único que contenía era una piedra inútil.

¿Así les pagaba por sus presentes y por la fatiga extenuante del viaje? Presa de la rabia, la sacaron y la lanzaron a un pozo no muy lejano, pero, en cuanto esta tocó fondo, sucedió algo extraordinario. Una columna de fuego se precipitó desde el cielo directa al pozo, pero, en vez de apagarse al contacto con el agua, ardió con más fuerza aún. Ese día no se apagó, ni al siguiente ni al otro.

A saber si no estará ardiendo todavía.

Si la piedra escondía ese fuego era para arrojar luz sobre la mezquindad de sus corazones. Habían visto, mas no habían creído de verdad.

La piedra era el símbolo de la fidelidad que se les había exigido.

Aquella piedra contenía el fuego que nada apaga.

La habían despreciado y la habían tirado al pozo por su apariencia humilde. Habían tenido la

posibilidad de ser realmente ricos y habían acabado siendo extremadamente pobres.

Quise consolarlos, pero ya los tres, arrastrando los cascos de sus monturas, habían desaparecido de la habitación.

Entretanto, en la chimenea los troncos se han transformado en brasas, y no puedo irme a la cama antes de que se apaguen del todo. Las llamas son espigadas y las brasas arden lentas. Parecen decirme: «¿Tienes prisa? ¿Estás cansado? ¡Espera! Todavía no hemos terminado con lo nuestro».

Mientras veo cómo se vuelven grises, pienso en aquel día ya tan lejano en que yo también corrí el peligro de comportarme como los Reyes Magos. Recibí un presente —el de conocerte— y lo confundí con una piedra, un incordio, un estorbo del que librarme lo antes posible. Tenía una vida estable y unos planes para el futuro que no diferían mucho de los de un tren que recorre una vía ya probada.

Ni se me había pasado por la cabeza pensar que la vía contuviese en sí misma la posibilidad de descarrilar.